

do todavía que el otro. Drouyn de Lhuys dijo al emperador: «Señor, nos encontramos enfrente de sucesos que pueden llegar á ser tan funestos para la Francia como las derrotas del primer imperio. En las circunstancias del momento, opino que V. M. debe convocar el cuerpo legislativo y poner inmediatamente en la frontera del Este un ejército de observación de 80,000 hombres. Al propio tiempo debería escribirse al señor Benedetti, nuestro embajador cerca del rey de Prusia, para que declarara á éste que V. M. se vería en el caso de ocupar la orilla izquierda del Rhin si la Prusia no se mostrara equitativa en sus exigencias con el vencido y procediera á engrandecimientos territoriales que pudieran comprometer el equilibrio de Europa. El Rhin está sin tropas y todo induce á creer que una intervención como la que propongo llenará el objeto deseado, tanto mas cuanto que el mariscal Randon acaba de asegurarme que se encuentra en estado de ponerse en marcha un ejército de 80,000 hombres (1).»

De acuerdo con el ministro se presentó Metternich, que había recibido por el telégrafo los poderes necesarios de su gobierno para excitar al emperador Napoleón á interponer su mediación cerca del rey de Italia y á declarar públicamente que aceptaba la cesión de Venecia, convenida en 9 de junio. Además solicitaba que el emperador pidiera al gabinete de Florencia la garantía de un armisticio y ocupara sin demora militarmente la Venecia, aunque fuese solo con pocos batallones, con tal de impedir las hostilidades de parte de los italianos. Teniendo así el Austria cubiertas las espaldas, dispondría de un ejército de 130,000 hombres, que podría hacer pasar á Bohemia para cambiar allí la situación si se presentase simultáneamente un ejército francés á orillas del Rhin.

Si Napoleón hubiese seguido el consejo de su ministro y atendido la súplica del Austria, habría hecho el papel á ambos lados de los Alpes de mediador armado, ó mejor dicho, de protector del Austria contra sus adversarios aliados, pues que habría detenido los ejércitos de ambos en el momento en que sin su intervención habría estado irremisiblemente perdida la causa del Austria. Habría sido, por lo demás, muy posible entonces semejante intervención, que llevada á efecto habría producido consecuencias gravísimas para la Prusia y para la Alemania. Así, el día 16 de enero de 1874 dijo Bismarck en el parlamento alemán que aunque la Francia tenía entonces muy pocas tropas, habría bastado una agregación pequeña de la fuerza francesa á las innumerables masas de tropa de la Alemania del Sur para formar con ellas un ejército, aunque no bien organizado, muy respetable, que no habría dejado de poner á los prusianos en el caso de cubrir inmediatamente á Berlín y de abandonar todas sus ventajas en Austria. Si el emperador hubiese querido sostener el papel que poco antes, en 13 de junio, había pretendido tomar, la intervención habría sido, además de posible, necesaria. Solo echando en la balanza todo el poder armado de la Francia en apoyo de lo propuesto en la carta imperial, hubiera podido sostenerse como mediador y dar fuerza á su mediación. Faltaba saber si seguía teniendo fe en el poder y en la calidad de invencible del Austria, sin la cual no podía tener el valor de dar pasos que no pudiera desandar en vista de una potencia enemiga mas formidable de lo que había pensado. No podía, sin embargo, negarse á la mediación una vez invocada por el Austria y la anunció inmediatamente escribiendo dos cartas, una al rey de Italia y otra al de Prusia. Al primero comunicó los ofrecimientos austriacos, no dudando

(1) Hansen: *A travers la diplomatie*, Paris, 1875. Comunicación del conde de Chaudordy, entonces jefe del despacho del ministro.

que hecha la cesión de Venecia el armisticio no encontraría dificultades de parte de Italia. Al rey de Prusia escribió:

«Al rey de Prusia en su cuartel general. — Paris, 4 de julio de 1866.— Señor: Los resultados tan rápidos como brillantes de V. M. han dado lugar á sucesos que me obligan á salir de mi papel de completa inacción. Me comunica el emperador de Austria que quiere cederme á Venecia y aceptar mi mediación para poner fin á la lucha que se ha suscitado entre Austria, Prusia é Italia. Conozco demasiado bien la magnanimidad de V. M. y su cariñosa confianza en mí para creer que V. M., despues de tan gran elevación de su gloria militar, verá con satisfacción los pasos que quiero dar para devolver á sus Estados y á Europa las bendiciones de la paz. Si V. M. aprueba mi proposición, encontrará sin duda conveniente que un armisticio hecho para Alemania é Italia abra el camino directo á las negociaciones.

»El buen hermano de V. M.: — NAPOLEÓN.»

Despues de haber marchado estas cartas se reunió en Saint-Cloud el consejo de ministros para discutir las proposiciones del ministro Drouyn de Lhuys, en cuyos debates se dice hubo gran viveza, y en particular el mariscal Randon, ministro de la Guerra, confesó que incluyendo las tropas reunidas en el campamento de Chalons no podía poner mas de 40,000 hombres en campaña y que ni á estos podía proveer mas allá de la frontera de municiones de guerra. Para contestar á la indignación que despertó su revelación se había dirigido al emperador, atribuyendo á la campaña de Méjico el estado lamentable de los parques y la insuficiencia de la tropa. Finalmente el consejo aprobó lo propuesto por el ministro de Negocios extranjeros y cuando menos la inmediata convocación de las cámaras; solo que en lugar de una orden de convocación, envió el emperador una simple nota al *Monitor* que decía: «Paris, 4 de julio de 1866.— Ha ocurrido un suceso importante. Despues de haber hecho el emperador de Austria en Italia lo que exige el honor de sus armas, adopta las ideas expresadas por el emperador Napoleón á su ministro en su carta del 11 de junio y cede á Venecia al emperador de los franceses, cuya mediación acepta para contribuir á hacer la paz entre las potencias beligerantes. El emperador Napoleón se ha apresurado á corresponder á esta solicitud y se ha dirigido inmediatamente á los reyes de Prusia é Italia para obtener un armisticio (2).»

Esta nota, publicada el día 5 de julio, excitó en Paris un júbilo general, ya que anunciaba al parecer una gran victoria moral que no había costado una gota de sangre; mas para el ministro de Negocios extranjeros fué un desengaño cruel porque creía haber dado lugar á la mediación armada con la convocación de las cámaras. Marchó á Saint-Cloud, donde hubo un nuevo consejo, para ver si lograba su intento con el auxilio de un telégrama del rey de Italia. En este telégrama el rey contestó en la madrugada del día 5 que aceptaba la mediación del emperador, pero indicó respecto del armisticio que su deber le obligaba á ponerse de acuerdo con el gobierno de Prusia. Mientras Drouyn de Lhuys discutía en

(2) Sobre esto dice el duque de Gramont (Memor: *L'Allemagne nouvelle*, pág. 320): «El emperador, como se sabe, estaba entonces atacado y debilitado por una enfermedad. Le inquietaba considerablemente la idea de verse arrastrado á hacer la guerra si tomaba una actitud demasiado enérgica.» A esto añade Alfredo Darimon (*La enfermedad del emperador*, Paris, 1886, pág. 10): «Allí está todo el secreto de las órdenes y contra-órdenes que hubo en la noche del 4 al 5 de julio de 1866. A las once de la noche se había decidido que se enviarían decretos al cuerpo legislativo para reunir un ejército en la frontera que sirviese de obstáculo á las pretensiones ambiciosas de la Prusia; á las cinco de la mañana fueron retirados los decretos y se persistió mas que nunca en aquella política de desaparición voluntaria que por eufemismo se había llamado neutralidad cortés.»

presencia solo del ministro de Estado, Rouher, del emperador y de la emperatriz, llegó el ministro del Interior, marqués de Lavalette, muy sorprendido de saber que se había reunido un consejo al cual no se le había invitado (1). Sin hacerse anunciar entró en la sala de sesiones y ocupó su puesto sin hacer caso de la sorpresa de los demás. El emperador le enteró de las resoluciones tomadas y Lavalette le observó que aquellas resoluciones estaban en completa contradicción con el papel de mediador, del que se había encargado el día antes y que había sido aceptado inmediatamente por los reyes de Italia y de Prusia. «Sin duda, dijo, los consejos que V. M. ha dirigido á los dos cuarteles generales encontrarán objeciones y resistencias, pero si Italia está irritada por sus derrotas y la Prusia está embriagada por sus victorias, corresponde al mediador, á su sabiduría y á su dominio sobre sí mismo, aplacar sus pasiones y emplear la persuasión para que aquellas potencias le ayuden en sus propósitos. El emperador presidió al pactarse la alianza entre Prusia é Italia, y ¿cómo puede exigir ahora que Víctor Manuel falte á su buena fe y lealtad, violando el tratado que el emperador mismo le aconsejó que firmara? ¿Qué diría V. M. si el gobierno de Italia, obligado á justificar su conducta, publicara los documentos de los cuales resulta que el gobierno imperial no solamente aprobó sino que aconsejó el tratado del 8 de abril?»

Drouyn de Lhuys no contestó una palabra; el emperador se levantó y vivamente agitado le llevó á su gabinete, á donde les siguió la emperatriz. Habiendo quedado solos Lavalette y Rouher, el primero dijo: «¿Cómo me ha dejado usted hablar solo contra las funestas resoluciones que ahora parece que van á ponerse por obra?» á lo cual contestó Rouher que tan bien había hablado su colega que no necesitaba ser apoyado, y cuando el emperador volvió á la sala de sesiones dijo á Lavalette que bien meditados el pro y el contra creía tener que insistir en sus primeras resoluciones. Entonces le dijo Lavalette: «Permítame, pues, V. M. faltar por un momento á la consideración debida y preguntarle dónde están las fuerzas armadas para una política que, según los despachos recibidos de Goltz y Nigra, ha de conducir infaliblemente á la guerra y á una guerra fatal contra la Prusia y la Italia. Me he informado de los recursos militares que están á nuestra disposición, y ¿sabe V. M. que Méjico lo ha apurado todo, que no tenemos ni caballos, ni artillería, ni hombres, y que á lo mas estarían prontos á ponerse en marcha 40,000 hombres, que insuficientemente provistos de municiones recibirían una impresión terrible por los efectos del fusil de aguja, que en la campaña de Bohemia tan irrisiblemente lo ha arrebatado todo?» El emperador, visiblemente conmovido por esta pregunta, convino finalmente en que el ejército no estaba preparado para entrar en lucha simultáneamente con la Prusia é Italia. Dicho esto por el emperador, Lavalette se dirigió á Drouyn de Lhuys diciéndole: «Y usted que siempre ha pensado solo en el Austria y que ha rechazado sistemáticamente toda inteligencia con la Prusia, ¿usted se atreve hoy á aconsejar semejante política sin saber siquiera los medios que hay para sostenerla?» El interpelado no supo qué contestar, y el emperador levantó la sesión en medio de una indecible agitación, sin que se hubiese tomado resolución alguna. No hubo disposiciones militares; ni en Venecia ni en la provincia rhiniana entraron franceses, ni nada se habló dentro de Francia de movimientos de tropas, pero no por esto dejó de hablar la diplomacia imperial en términos muy serios y decisivos.

(1) Lo que sigue está sacado de su propia relación, que se encuentra en Rothan: *L'affaire du Luxembourg*, Paris, 1882.

El rey de Italia se halló por su parte con sus ministros en una situación muy difícil; porque derrotado cerca de Custozza el 24 de junio, vióse colocado repentinamente ante la cruel alternativa de romper con la Francia ó con la Prusia para aceptar en el mejor caso la Venecia á título de regalo, lo cual aumentaba su deuda de gratitud hácia Napoleón de una manera insoportable. Bajo la impresión de la nota del *Monitor*, el general La Marmora, desde su cuartel general en Torre-Malimberti, telegrafió al embajador Nigra en Paris en 5 de julio, á las diez y treinta minutos de la mañana: «El telégrama imperial es tanto mas grave, cuanto que acaba de ser publicado en *El Monitor*. Comprendo que el emperador quiera detener á la Prusia, pero es dolorosísimo que esto haya de hacerse á expensas del honor de Italia. Aceptar á Venecia como un regalo de Francia nos rebajaría mucho y todo el mundo creería que habíamos hecho traición á la Prusia. No podría gobernarse ya en Italia, el ejército perdería toda consideración. Procure usted librarnos de la dura alternativa de sufrir una humillación insoportable ó de reñir con la Francia.»

No eran solamente el deber que imponía el tratado con la Prusia ni la consideración del honor militar los que se oponían al armisticio, sino que el gobierno de Italia había fijado sus miradas en el Tirol italiano y no quería renunciar desde luego á este su deseo favorito. En este sentido, el día 5 escribió el ministro de Negocios extranjeros de Italia, Visconti-Venosta, al embajador Nigra, y no se dejó convencer por el ministro francés Drouyn de Lhuys, manteniéndose firme en su opinión de que el rey de Italia no debía detenerse en su avance ni aceptar á Venecia como regalo. Así quedó el asunto de parte de Italia, aunque el gobierno imperial echó mano de la trampa de decir que la Prusia había admitido el armisticio y que con esto había faltado al tratado; pues hasta el 8 de julio no se tuvo en Florencia la certidumbre de que el rey de Prusia había declarado á Napoleón que no podía consentir en un armisticio hasta que fuesen aceptadas las bases de una paz que dejara satisfechas las pretensiones de la Prusia é Italia y que fuese adecuada á toda la situación. Conforme á esto, el consejo de ministros decidió aquel día continuar la guerra con todas las fuerzas sin dejarse imponer por la amenaza de Napoleón de convocar el cuerpo legislativo, de restituir la Venecia al Austria y hasta de formar con esta potencia una alianza. A estas amenazas contestó Ricasoli, el presidente del consejo italiano de ministros, dirigiendo en 9 de julio á su embajador en Paris una nota cifrada que publicada algunos años despues en el periódico *La Nación*, viene á ser uno de los documentos mas notables de aquellos días. En ella decía el ministro: «El tratado con la Prusia nos impone la obligación de ponernos de acuerdo con ella antes de hacer un armisticio, y todavía no nos ha hecho saber sus condiciones. En virtud del tratado, podemos vernos obligados á salir también garantes de las condiciones puestas por la Prusia. En Viena no se ocultan para decir que al ceder á Venecia lo hacen con la esperanza de recuperar su poder sobre la Prusia por la fuerza de las armas. Italia no puede aceptar, pues, un papel contrario á su honor y al deber que le impone el tratado. La admisión incondicional del armisticio sería un acto inmoral y cobarde; sería faltar á la palabra dada á la Prusia, y bastaría á cubrir de ignominia á la nación italiana por todo un siglo, á cerrarnos en adelante toda alianza y á quitarnos toda independencia y confianza políticas. Esto no debe suceder de ningún modo. El emperador conoce nuestras obligaciones para con la Prusia, si es que no las ha recomendado él mismo, y no puede pedir que faltemos á ellas. Hay algo que vale mas que Venecia, y es el honor de Italia, del rey y de la monarquía. Nuestras reservas

al aceptar un armisticio son, primero, que la Prusia lo acepte, y segundo, que se atienda á las reclamaciones justas y modestas de Italia. Si el emperador convoca el cuerpo legislativo, convocaremos nosotros el parlamento y expondremos á la faz de Europa lo que se nos ha pedido y lo que hemos tenido que contestar. Ignoro si los frutos de una alianza austro-francesa serán mejores que los tratados de 1815, aborrecidos por el emperador con mucha razon y justicia. En todo caso, no dirigiremos nuestras armas contra él; sufriremos nuestra suerte, respetados y acaso mirados con indulgencia por la Francia y aun por el Austria; y obrando así conservaremos ileso el elemento mas esencial de nuestra unidad, á saber: la conciencia que debe tener la nacion de su honor y del honor de su dinastía. Tengo la conviccion de que proceder de otro modo seria la ruina del rey y de la dinastía. De todo esto daré inmediatamente parte á S. M. y al ministro de Negocios extranjeros, que anoche partió para el ejército. Espero que usted logrará que prevalezca la razon y que para esto le prestarán su apoyo los amigos del emperador y de Italia.»

Además de esto se dió al embajador de Italia en Berlin, conde de Barral, la órden de avistarse con Bismarck é inducirle á que su gobierno no consintiera en el armisticio, pues así lo participó desde Berlin, en 9 de julio, Benedetti.

No hubo, pues, armisticio en Italia ni separacion de ésta de la Prusia. Del cuartel general prusiano dependia la resolucion de seguir la guerra ó de suspender las hostilidades; pero el gobierno de Berlin insistió inexorablemente en no hacer armisticio sin que se estableciesen bases de paz por todos aceptadas. Sin embargo, no se expresó en términos tan absolutos para ganar tiempo y desviar en lo posible la mediacion francesa. Así es que en 6 de julio telegrafió Drouyn de Lhuys al embajador francés en Viena: «Me apresuro á participar á usted que el rey de Prusia acepta la mediacion del emperador y que inmediatamente hará saber por el conde de Goltz las condiciones bajo las cuales quiere aceptar el armisticio.» Respecto de estas condiciones, el rey de Prusia en un telegrama del 5 de julio puesto en Horzitz exigía: que se diese seguridad de que durante las negociaciones no se modificarían las posiciones de los beligerantes; que los resultados obtenidos hasta entonces en la guerra fueran el punto de partida y la base de los acuerdos, y que cada acuerdo fuese precedido de otro con Italia. Así lo hizo saber el ministro imperial, en 7 de julio, á su embajador en Viena, duque de Gramont, el cual no se descuidó en llamar la atención sobre los progresos rápidos que hacían los prusianos, y escribió en 9 de julio que los prusianos estaban ya en Iglau; que el ejército de Benedek, que iba á ser reorganizado cerca de Olmutz, no estaba en situacion de detenerlos; y que si no se hacia el armisticio, los prusianos estarían dentro de un par de días en Viena. A esta noticia añadió al día siguiente: «Las circunstancias son tales y la toma de Viena por Prusia es tan inminente que falta el tiempo material para negociar. El gobierno austriaco solo piensa en salvar el imperio de una derrota moral y material de consecuencias incalculables. Hace dos días que se embarca todo el dinero del Banco en el Danubio para llevarlo á Comorn. Se prepara la evacuacion de la capital.»

Era, pues, urgentísima la mediacion de Francia si habia de ser de alguna aunque pequeña ventaja para el Austria.

CAPITULO IV

LA PAZ PRELIMINAR DE NIKOLSBURG

En 7 de julio envió el rey de Prusia una carta autógrafa al emperador Napoleon, y al propio tiempo instrucciones para el embajador de Prusia en Paris. Confió la carta al prin-

cipe Enrique VII de Reuss, que habia sido durante muchos años primer consejero de la embajada prusiana en Paris. En la carta manifestaba el rey al emperador, como ya habia expresado en el telegrama del 5 de julio, su disposicion á entrar en negociaciones de paz, indicando al mismo tiempo la necesidad de obtener el consentimiento de Italia y que la situacion militar no permitia hacer un armisticio sin tener garantidas las bases de la paz. Las instrucciones que el portador de las cartas llevaba para el embajador en Paris se fundaban en la identidad de los intereses de Alemania y de Prusia, que componian toda la política del rey. El interés de Alemania exigía un desenvolvimiento en el sentido nacional que no habia tenido á causa de la presion ejercida por el Austria, que en su esencia era una potencia no alemana. El interés de la Prusia exigía además una forma geográfica mas redondeada y unida con una alianza estrecha bajo su presidencia de los Estados alemanes del Norte que no debían ser sacrificados directamente al redondeamiento de la Prusia. Estos eran los puntos de vista que el embajador debía tener presentes en las entrevistas con el gobierno imperial que motivase la mediacion.

Antes de que el príncipe de Reuss llegara á Paris, habia recibido Benedetti el 9 de julio la órden de partir inmediatamente para el cuartel general prusiano á fin de exponer, segun escribió su ministro, al rey y al conde de Bismarck que la cesion de Venecia al emperador Napoleon colocaba á éste en una situacion que no podia prolongarse y de la cual estaba resuelto á salir con honra. «Debemos traspasar la Venecia á Italia, debia decir Benedetti, pero Italia ha de aceptar en cambio un armisticio que depende del asentimiento de la Prusia. Deje usted entrever, añadia la órden, que si no se accede al armisticio, esta negativa causará aquí un profundo resentimiento y habrá de tener consecuencias gravísimas (1).»

Fuera de esta órden no recibió Benedetti ni explicaciones ni poderes, ni se le indicaron las condiciones políticas que pudiera presentar la Prusia antes de suspender las hostilidades, ni se le autorizó para presentar contraproposiciones á las que pudiera ofrecerle la Prusia; por manera que toda la mision del embajador francés consistía en realidad en una tentativa para intimidar al rey Guillermo y arrebatarle así lo que fuese posible de su triunfo del 3 de julio. El papel del embajador francés era, pues, un papel muy ingrato, y sin embargo resultó peor de lo que se lo habia figurado. En 9 de julio por la noche emprendió su viaje, acompañado de su primer secretario de embajada. Su viaje fué lento y trabajoso; los caminos estaban obstruidos por trenes de heridos y prisioneros; el 10 de julio tuvo que hacer noche en Koniginhof; el día 11 cruzó el extremo derecho del campo de batalla de Koniggratz; buscó sin encontrarlo al rey en Pardubitz, donde cruzó el Elba; tambien le buscó en vano en Hohenmuth en el camino de Brunn, y solo en la noche del 12, ya muy tarde, encontró al cuartel general en Zwittau, en Moravia, donde consiguió saber el alojamiento de Bismarck. El secretario de Benedetti, encargado de solicitar una entrevista con el ministro prusiano, le halló en una casa abandonada por sus habitantes delante de su mesa de escritorio, con la pluma en la mano y á derecha é izquierda sobre la mesa un revólver. Estaba despachando su correspondencia, á lo cual solia dedicar la primera parte de la noche, á pesar de todas las fatigas. Pareció altamente sorprendido de la llegada del embajador francés, cuya partida de Berlin ignoraba completamente segun dijo, añadiendo que el telégrafo á la verdad estaba en desórden y á cada momento rompian, no se sabe

(1) Rothan, pág. 143.

quiénes, los hilos. Por lo demás, no hizo esperar al embajador francés, al cual recibió al instante y le invitó cortésmente á partir con él su alojamiento.

Benedetti explicó en los términos mas corteses, bien que en tono terminante, el encargo de su ministro; pero tambien pudo observar que la posición del ministro prusiano habia cambiado completamente desde que le habia hablado la última vez. Bismarck se hizo cargo de la dificultad de la mision que habia tomado á su cargo el emperador de hacer la mediacion, pero dijo que esta mision parecia que se trataba de ejercer en daño de la Prusia é Italia, que no cesaba de recordar su tratado del 8 de abril. El Austria era la única parte que ganaba en la mediacion, porque lograba tiempo y medios de rehacer su ejército y de procurarse libertad de movimiento para todas las contingencias. «Encontramos hoy las puertas de Viena todavía abiertas, dijo Bismarck; dentro de poco las encontraremos cerradas, y para volver á la situacion que hoy nos asegura la victoria de Koniggratz tendremos que luchar otra vez y arriesgar una nueva batalla. No ha sido otro el objeto de la cesion de Venecia, y si bien no se ha disminuido nuestra confianza en las intenciones de la Francia, no podemos menos de sentir una ingerencia que pone en peligro nuestras ventajas.» Benedetti contestó con bastante habilidad: «Aquí hay dos cosas: ó las exigencias de ustedes son compatibles con los intereses del equilibrio europeo, á los cuales no pueden negar su respeto, ó ustedes quieren sacar de las derrotas del Austria ventajas que han de dar recelos á las potencias, cuya neutralidad es necesaria para la Prusia y á quienes ustedes no pueden obligar á tomar medidas preventivas sin que la posición de las partes beligerantes sufra modificaciones sensibles. En ambos casos les hace á ustedes el emperador un favor ofreciéndoles sus buenos servicios, porque la Prusia no puede continuar la guerra ni elevar sus exigencias á una altura tan grande sin obligar á los demás Estados, cuya neutralidad ustedes necesitan, á tomar las precauciones necesarias para su propia seguridad. Sobre esto quisiera llamar toda la atención de usted.» Bismarck al saber que el embajador francés no tenia poderes para negociar, declinó dar explicaciones sobre las condiciones de paz que podia exigir la Prusia, diciendo que el príncipe de Reuss y el conde Goltz darian en Paris las explicaciones necesarias, cuyo resultado debia aguardarse precisamente. El embajador francés observó muy inocentemente que no comprendía por qué el ejército no se detenía hasta que hubiesen llegado las contestaciones de Paris.

La conversacion, que no habia satisfecho á ninguno de los dos interlocutores, concluyó á las cuatro de la madrugada. Benedetti escribió á su ministro que el tono del lenguaje de los generales que rodeaban al rey era tan soberbio y provocativo que para responderles era preciso que se le autorizase para usar un lenguaje todavía mas firme que hasta entonces; pero despues de haber hablado con el rey en persona, se convenció de que en dos cosas no cedería la Prusia, á saber: en la confederacion de la Alemania del Norte y en el engrandecimiento territorial que uniera satisfactoriamente las dos grandes fracciones de la monarquía. El rey, segun escribió Benedetti á su ministro, insistía con particular decision en el aumento territorial, al cual subordinaria todo lo demás, porque recibía continuamente exposiciones que probaban que tocante á este punto era unánime la opinion pública.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida del Austria de la confederacion alemana, condicion que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés, porque en 12 de julio envió ya Drouyn de Lhuys un telegrama á su embajador en Vie-

na (1) que decia: «La Prusia hace depender el armisticio de la aceptacion por parte del Austria de ciertas condiciones de paz. No conocemos todavía en sus detalles estas condiciones preliminares, pero creemos que la mas importante entre ellas tendrá por consecuencia la salida del Austria de la confederacion alemana. Las restantes son al parecer de menor importancia y aun estarian sujetas á negociaciones. En las circunstancias actuales cree el emperador que la continuacion de la guerra ha de ser la ruina del Austria (2).»

Este fué el primer paso para la renuncia de Napoleon al porvenir que habia trazado en su carta del 11 de junio, en la cual habia declarado ser su deseo la conservacion de la gran posición del Austria en Alemania. Cuatro semanas despues aconsejaba él mismo al Austria que renunciara á formar parte de Alemania, añadiendo que consideraria la continuacion de la lucha por la conservacion de una posición dentro de Alemania como una política de suicidio.

El gobierno austriaco tomó su resolucion al instante. Ape nas habia comunicado el duque de Gramont en 13 de julio al conde de Mensdorff el telegrama de su ministro, cuando pudo ya contestar á Paris: «Antes de que el emperador Francisco José consienta en la salida del Austria de la confederacion, es indispensable que conozca las demás condiciones que forman parte de la paz preliminar. Si entre estas condiciones hubiesen algunas que fuesen inaceptables, como, por ejemplo, una cesion territorial y de habitantes, preferiria el Austria la lucha á muerte para sucumbir en caso necesario con honra antes de comprar á semejante precio su salvacion. El sacrificio que se pide al Austria puede hacerse solamente si tiene por consecuencia el armisticio y la paz, cuya seguridad solo se puede tener si tambien son aceptables las demás condiciones de cuya aceptacion parecen depender el armis-

(1) En el momento en que el príncipe de Reuss salió de Paris llegó el conde Beust de Viena, para inducir al emperador á la intervencion inmediata en favor del Austria; pero encontró al soberano en un estado fatal y le oyó balbucear continuamente: «No estoy preparado á la guerra.» Beust le dijo que tambien se podia salvar el Austria sin que Francia entrara en la guerra, y añadió: «No os pido, señor, que hagais la guerra; soy, á pesar de todo, bastante buen alemán para no desearlo si quiera; mas no se trata de esto: V. M. tiene 100,000 hombres en Chalons; dirigidlos á la frontera, haced partir una escuadra al mar del Norte y no se necesita mas. La línea de operaciones del ejército prusiano está ya demasiado extendida para que no se vea obligado á detenerse; en Viena, Munich y Stuttgart se recobran los bríos y la Alemania os acepta agradecida por mediador. Si no haceis esto, acaso tendreis vos mismo á los cinco ó seis años la guerra con la Prusia y entonces os prometo que toda la Alemania marchará con ella.» *Memorias de tres cuartos de siglo*, tomo II.

(2) Memor, págs. 322 y 323. Aquel mismo día 12 de julio dirigió el ministro al príncipe de Metternich la siguiente comunicacion: «Las instrucciones que envío al duque de Gramont pueden resumirse en lo siguiente: 1.º El emperador sabe que la Prusia pide preliminares de paz para firmar el armisticio. 2.º No conocemos estos preliminares en sus detalles, pero la salida del Austria de la confederacion es evidentemente una condicion *sine qua non*; las demás condiciones no tienen, se dice, importancia. 3.º El emperador piensa que solo el armisticio y negociaciones para obtener la paz pueden hacer esperar un giro favorable para ustedes. 4.º S. M. está decidido á no precipitar en la crisis actual á la nacion francesa en una guerra. 5.º El Austria tiene, de consiguiente, que pronunciarse sin demora si quiere continuar la lucha hasta el último extremo ó si quiere aceptar por base de las negociaciones de paz su salida de la confederacion; y 6.º El emperador desea saber á qué atenerse respecto de este punto lo mas rápidamente posible. Este es el sentido de lo que he escrito al señor de Gramont. Por lo que toca á la mision del príncipe de Reuss, consistió en la entrega de una carta del rey de Prusia que no formula de una manera precisa las proposiciones; se dieron algunas explicaciones verbales, pero, repito, no tenemos exposicion clara de los preliminares que pide la Prusia para firmar el armisticio; solo sabemos que la salida del Austria de la confederacion forma la condicion *sine qua non*. Con esta condicion seria posible el armisticio y hasta lo creo seguro; sin ella seria imposible.» *Las luchas del Austria*, tomo IV.